

remos de hoy más de un asunto que, sin poderlo remediar, me hace padecer mucho.

—Eso sí, te lo prometo;—aseguró D. Enrique,—más ahora he de decirte por qué es forzoso que me devuelvas la palabra que he empeñado há dias, de no revelar al padre de esa mujer cruel lo que hace diez y siete años le oculta por todos los medios imaginables...

—Puedes decírmelo todo.

—Petra, la criada que fué de tu madre, se encuentra ahora en completa libertad, y si á estas horas no lo sabe su antigua señora, no tardará mucho tal vez en tener de ello conocimiento.

—¿Por qué no se oculta esa infeliz, ó por qué no abandona á Madrid, si es que abriga temores de no vivir tranquila ni segura?

—Eso no basta, María: es preciso acabar con esto de un modo más terminante, más radical.

—¿Y qué puedo yo hacer entonces?

—Cosa bien sencilla: desde el momento en que el padre, y aun el que va á ser esposo de Eugenia, sepan lo que ella les ha ocultado tan cautelosamente, desde entonces, María, no tendrá necesidad de perseguir á esa mujer por nada, ni para nada. Eugenia, como acabo de decirte, combate los efectos tratando de destruir la causa: la causa primitiva es conocida ya: la causa de que persiga á Petra hasta el punto de desear su muerte, es que en ella considera ménos seguro el secreto que entre nosotros. Pues bien, imitémosla; tomemos por norma su sistema; para evitar los malos efectos que con fundamento debemos temer, acudamos al origen, destruyamos la causa.

—¿Qué intentas hacer, Enrique?

—Un doble bien; contener á doña Eugenia de Montene-

gro en la senda del crimen por la cual adelanta con espantosa rapidéz, y garantizar la vida de la que fué su criada.

—¿Y para eso?...

—Necesito que me devuelvas mi palabra...

—¿Vas á revelar por fin?...

—Sí, María: su padre y su amante el baron del Pino deben saberlo todo, y lo sabrán; sí, es preciso que lo sepan y cuanto antes mejor. Así, pues, prenda mia, ¿puedo contar con que me devuelves mi palabra?

—Sí, pero con una condicion, Enrique.

—¿Cuál?

—La de que no me veré obligada en ningun tiempo, ni ahora que vivo al lado de estos buenos ancianos, ni cuando sea tu mujer, á entenderme para nada con esa señora: la tengo miedo, y creo seria capaz de mandarme matar.

—Descuida, hermosa, no tendrás necesidad alguna de verla; es asunto que me propongo despachar á mi modo.

María y Enrique hablaron aun por espacio de un largo cuarto de hora, pero su conversacion versó entonces sobre lo más interesante para ambos jóvenes, rindiendo el consiguiente y debido culto al dios ciego, y formando grandes proyectos y palacios encantados para un cercano porvenir, tan lleno de delicias, de placeres y de todas esas cosas bonitas que tanto recrean la imaginacion de todos los enamorados que piensan á la par poética y honradamente.

Por último, D. Enrique dejó algunos momentos á su jóven y adorado tormento, y llamando á Petra y al tio Colás, conversaron los tres largo rato y al parecer sobre un asunto que interesaba grandemente: pues en los gestos y en las frases de aprobacion que el tio Colás y Petra dejaban percibir, se colegia sin esfuerzo que se trataba de una importante resolucion.

¿Era de política de lo que trataban nuestros personajes, ó zurcian alguna trama de conspiracion contra los franceses?

De ningun modo, pues ya hemos dicho que Petra no entendia de estas cosas, y mucho ménos desde el punto y hora en que se pasó tan tremendo susto encerrada en el calabozo del cuartel de San Gil.

Preciso es repetirlo, por más que esto no favorezca en nada á la misera criada de Eugenia: no tan solo era incapáz de exponer su piel en una aventura seria contra gentes tan poderosas, sino que desde luego y á colegir que la patria valia algun dinero, no hubiera vacilado un solo instante, si dispusiera de ella como dispuso del secreto de su ama en todas ocasiones, en venderla al Shah de Persia, ó al poderoso jefe del Celeste imperio, cuanto más á Napoleon Bonaparte, persona muy nombrada á la sazón en toda Europa, y que en materia de ventas sabia pagar á precio subido los servicios de cuantos traidores hallaba al paso en su triunfal y ambiciosa carrera; nube fea y bochornosa, que con otras no ménos indignas de un grande hombre, tanto contribuyeron á manchar el esplendor de sus glorias y á menoscabar el prestigio de su nombre.

Por otra parte, no es presumible que D. Enrique tratara de semejante asunto con una mujer que para maldita cosa de provecho le serviría, física ni moralmente. Así, pues, con el privilegio que nos compete en nuestra cualidad de narradores, diremos que Petra y el tío Colás se ocuparon del objeto para que momentos antes habia suplicado Utrera á su María le devolviese una palabra empeñada por él en ocasion tan solemne como fué aquella que siguió al lance ocurrido en el Postigo de San Martin; lance que tan honda y cruel impresion dejó en el ánimo de la

sencilla hija natural del conde de la Alianza.

El mejor medio de aplastar á aquella harpía era concluir de una vez con el misterio y la reserva en que habia pretendido envolver su falta, echando como habia echado mano de todos los recursos imaginables, entre ellos los que contra la denuncia terrible de su sirvienta la proporcionaba el respetable caudal de su noble y anciano padre; quien si habia conocido y autorizado los amores de su hija con el general, ignoraba de todo punto las resultas de aquellos amores.

Hombre riguroso é intransigente, como hemos dicho, en punto á honra, por más que sus otras cualidades le hicieran pasar por el más excelente de su elevada clase entre el vecindario de la populosa villa, D. Pablo de Montenegro hubiera soportado difícilmente la debilidad de su hija, irreparable desde el momento en que el conde de la Alianza, ya difunto, no podia repararla decorosamente.

Este temor y la ambicion de un nuevo y brillante partido á que la daban derecho las numerosas ventajas de su nacimiento y de su posicion, hicieron que Eugenia marchase á ciegas por la peligrosa senda en que la hemos visto caminar de un modo tan decidido como incomprendible en el alma de una mujer, cuya debilidad más imperdonable arranca siempre al hombre un sentimiento de compasion, desde que á la debilidad van unidos el arrepentimiento, las lágrimas y la esquisita sensibilidad que tanto distingue á este sexo.

Desgraciadamente, en todas las esferas de las sociedades todas, los extravíos no son nunca ejemplares; y antes bien por lo comunes, y bajo las diversas formas y circunstancias en que se cometen, jamás consiguen sorprendernos hasta el asombro.

Débil por naturaleza, es por lo comun la mujer blanco de las tentaciones y asechanzas del hombre, que siempre tiene sobre ella las ventajas de la superioridad moral, de la seduccion, del fingimiento muchas veces, y casi siempre la incalculable de ser él quien puede con más facilidad prescindir del rubor en el vehemente é irresistible lenguaje de la pasion.

Por otra parte, las verdaderas tentaciones en tales casos son las ocasiones, que nunca faltan en la relacion amorosa del hombre con la mujer; y es frecuente, frecuentísimo que los disgustos de las familias provengan siempre de las coyunturas que entregan á merced del temible vértigo del deseo contenido.

La debilidad de la mujer está tambien en relacion con el mayor ó menor alcance de su inteligencia.

Es cierto que la afeccion manda imperiosamente á la voluntad, y que casi siempre la voluntad sale vencida en la lucha; pero son muchas, muy numerosas las veces en que tambien la voluntad y el recto juicio establecen en el corazon de la mujer un perfecto equilibrio: en cuyo caso mide y compara en la balanza del bien parecer y de las virtudes, cuánto pesan de un lado el baldon de una falta punible, y de otro el rico tesoro de la virtud triunfante y la conciencia inmutable de un deber nunca torcido por los arrebatos locos de algunos instantes de ensueño y de delirio, que pasan rápidos, pero no tanto que no dejen impresa siempre sobre la frente de la vírgen su huella oscura é indeleble.

La mujer que se penetra de su verdadera posicion y de las condiciones que le impone una sociedad intransigente, cuyas leyes y costumbres llevan en si el sello ó la sancion del hombre que las ajusta á la medida de su criterio, cuan-

do no á la impenetrable de su capricho; cuando de esto se penetra, decimos, suele salir incólume de las pruebas á que la somete el roce de esa sociedad virtuosa en conjunto, oficialmente, por decirlo así, pero que no conseguirá echar nunca de su seno la lepra roedora y ponzoñosa que se oculta bajo los dorados pliegues de su confuso manto, de su aparente perfeccion, más bien de su hipocresía.

Jóvenes hay que ceden por debilidad, como tambien otras ceden al cálculo, á la conveniencia, al vil interés: en estas últimas entra por muy poco la seduccion, pues no son ciertamente piedras de toque para calcular la superioridad de ese oro que en el lenguaje de la moral llamamos pureza, virtud, virginidad.

Astmismo, ¡cuántas mujeres no resisten á todas las tentaciones imaginables, al poder de la seduccion más fuerte, tan solo por hacer más productivo su triunfo! De estas pudiéramos decir que dentro de la pureza ó virginidad del cuerpo, ocultan la prostitucion del alma, especie de logreras que saben regatear su amor con el que mejor lo compra.

Sin embargo, preciso es confesar, para consuelo y dulzura de la familia, que el innato sentimiento del deber hace de ciertas mujeres fortalezas inespugnables; y hé aquí precisamente las que se ofrecen al mundo como modelo de esposas fieles y de madres virtuosas, y que son una perfecta garantía de felicidad para el hombre.

En cuanto á Eugenia de Montenegro, no podemos aplicarla ninguno de los casos últimamente expuestos.

Habia sido débil por debilidad; hé aquí demostrado físicamente su valor físico. En la parte moral, conocida es ya de nuestros lectores, y casi hemos visto desarrollarse sus cualidades y tendencias; sobre todo desde que al dar á

luz á María, y muerto el conde de la Alianza, siguió, á través y á pesar de todos, trás la ambicion de honores y títulos que añadir á su doble riqueza: la que poseia por su madre, y la que su padre ya viejo la dejaria á su muerte.

Pero ya es tiempo de que volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion que tan próxima se halla á una terrible amenidad, y en ocasion oportuna explicaremos á nuestros pacientes lectores el objeto de que reunidos se ocupaban el amante de María, el tio Colás y la atribulada Petra Ruiz.

En cuanto á esta, basta con fijar un poco la atencion en el presente capitulo, para comprender por qué lo enca- bezamos con el epígrafe de «Un muerto que sale de su tumba;» mucho más aun cuando nos faltó añadir que este muerto se hallaba dispuesto á hablar de un modo que seguramente no debia agradar mucho á uno de los persona- jes de nuestra historia.



## CAPITULO XIX.

En que la mano de Dios empieza á sentirse.

Cuando Eugenia se despidió del capitán, al que tan perplejo acababa de dejar con sus palabras, encaminóse rápidamente á la casa del conde de M..., donde sabia se encontraba su amante, acaso en grave peligro.

Rencorosa y malévola hasta no más, habia aprovechado su casual encuentro con Velarde, para hacer el daño posible á la amiga que, prescindiendo tal vez de una reserva que indudablemente se la habria encomendado, acababa de iluminarla, aunque tarde y por casualidad, en el peligro que el baron del Pino corria.

No teniendo otra cosa en qué apoyarse, aprovechó cuanto rastreramente habia oido oculta trás el pabellon del gabinete en que sorprendió conversando á Carolina con el general Belliard, desfigurándolo todo completamente y previniendo con exquisita maldad el efecto que causaria



en el jóven la forzosa salida del francés de la casa de Carolina y el encuentro que por fin se efectuó.

Aborrecia á la jóven condesa del Ramal, y para cobrarla este aborrecimiento la bastaron algunos minutos.— ¿Y por qué así? se nos preguntará. Porque además de que esto era en ella una propension, al abandonar el palacio de la calle del Arenal en tan avanzada hora, llevaba, con su temor, el convencimiento de que Carclina habia contribuido al daño de su futuro y tan deseado esposo el baron del Pino.

Encaminóse, pues, á la casa del conde de M...

El portalon estaba abierto de par en par, y así habia permanecido durante la noche toda; acaso por infundir confianza y verificar de este modo más libremente la patriótica reunion.

Los concurrentes habian salido del propio modo que habian entrado: esto es, aislados ó de dos en dos, siempre guardando la precaucion de medir la distancia del tiempo entre unos y otros; por manera que ni aun podia nadie fijarse en singularidades que se habian previsto muy cuerdamente.

Sin embargo, el general Murat tenia conocimiento de esta y de otras maquinaciones, de que el revoltoso conde de M... era el promovedor, desde la memorable revuelta de Aranjuez; y sin duda como estaba casi seguro de que todo, en la postracion en que se encontraba el pueblo de Madrid, no traspasaria los límites de impotentes conferencias, se limitaba á desplegar una numerosa, activa y bien pagada cohorte de espías, entre los que se contaba el baron del Pino; y en esto el mariscal Murat, generalísimo, dos veces duque, gran almirante, etc., pero que á pesar de todos estos títulos no habia podido olvidar su origen de hu-

milde servidumbre, ni sus hábitos adquiridos en la furiosa revolucion como sanguinario *septembricista*, hacia lo que un adagio vulgar atribuye á la cabra, en las montaraces propensiones de este animal. «Tiraba al monte,» ó hablando más claramente, volvía con frecuencia á sus groseros hábitos, que ahora tenían mucho de soldadescos por lo que se le habia pegado en el vivak y en las funciones de los campamentos; bien á pesar de que, pretendiendo elevarse hasta el papel que en España le estaba encomendado, presumia tener sus ribetes de diplomático; cuando era simplemente un intrigante de baja condicion, que tan solo supo aprovecharse de las desavenencias de la familia real española, y abusar de un modo ruin y cobarde, contra un pueblo indefenso y noble, escudado en las numerosas tropas que le amparaban. ¡Triste y abominable aborto de aquella feróz revolucion, que si consiguió imprimir nuevo rumbo y vida nueva á la marcha de la política y del saber humano, tambien produjo hombres execrables como Danton, Marat y Robespierre!

Elevado Murat por la revolucion al apogeo de la fortuna, el feróz carácter que le distinguia, unió bien pronto el orgullo fundado en su parentesco con el emperador y rey, ensanchado, por decirlo así, con los honores con que este le colmára y con el terrible prestigio adquirido por las águilas imperiales en tantas y tan reñidas batallas....

Y aquí, no podemos por ménos que lamentar que aquel hombre verdaderamente privilegiado, aquel génio audáz, aquel rayo de la guerra templado en la ardiente fragua de una lucha tan prolongada como ruda, aquel gigante de Córcega que á su indisputable valor habia concedido la Providencia un talento brillante, acaso el primero de su calamitosa edad... lamentamos, pues, que un sér tan uni-

versalmente privilegiado, que tanto bien pudo haber legado al mundo en su ruidoso tránsito por él, se hubiese enardecido en tal manera con el estruendo de los combates y el afán de arrollar coronas, que casi de su poder no ha quedado otra cosa que una extensa huella de sangre, que de Oriente á Occidente, y desde el continente viejo hasta el nuevo, se conservará indeleble á través de los siglos y de las revoluciones del tiempo.

Si conforme Napoleon I arrastró sus magestuosas alas por el ceno mezquino de las ambiciones vulgares, encontrando un extéril placer en arrebatat y adjudicat cetros débilmente sostenidos, hubiese querido ser el regenerador de la sociedad, la espada que cortára las rancias preocupaciones políticas, la antorcha de libertad para tantos pueblos que yacian envilecidos y aherrojados al ominoso carro del despotismo estúpido y degradante; si aquel coloso de tanto poder, hubiera tenido algo del cielo en su alma poderosa, ¿quién duda que la posteridad le hubiera aclamado como á un redentor, como á un enviado por la Providencia para levantar á nuestros abuelos de la abyeccion en que los habian sumido el fanatismo y la baja servidumbre?

¡Oh! es indefinible el sentimiento que causa contemplar al solitario prisionero de Santa Elena, más castigado por los recuerdos de su turbulento pasado, que por las cadenas con que la Bretaña detuvo su destino... Y causa el espectáculo de su decadencia el mismo efecto que si el sol esplendoroso descendiera desde su magestuoso carro de fuego para estrellarse contra el despreciable granito de una humilde roca. ¡Brillar tanto, inundar á toda una generacion con la luz de un poder casi fabuloso, para morir olvidado, vilpendiado y escarnecido en medio de una isla

que diez años antes no hubiera servido ni para pedestal del más inferior de sus soldados! ¡Triste, pero celestial castigo con que Dios justo y compensador se propuso advertir al primer Bonaparte, que desconociendo su verdadera misión, ni aun supo ser bastante digno de su grandeza! El que debió haber sido el regenerador, fué únicamente el azote de aquella edad.

Una de las cosas que más directamente le perjudicaron; fué la numerosa chusma que en sus arranques de escentricidad elevó á la categoría de generales. Napoleon pretendia tener la doble vista; pero como todo aquel que presume, solia equivocarse con lamentable frecuencia.

En cuanto á la eleccion de hombres, cierto es que habia engrandecido á algunos de verdadero mérito; pero en su mayor parte los generales de Napoleon, servian tan solo para combatir á su lado en los campos de batalla: no para ejercer comisiones políticas, en cuyo desempeño se resentian más que de falta de instruccion, —casi todos eran *generales prácticos*, —de falta de cultura y de buenas maneras.

Tal era, ni más ni ménos, en medio de su afectacion y de su petulancia, el generalísimo del ejército de ocupacion en España, el tristemente célebre Joaquin Murat, gran duque, y gran almirante, y príncipe del imperio...

Eugenia encontró, como digimos, abierto el portalon de la casa de M..., y entró desalada: al pié de la escalera encontró á uno de los criados del conde, á quien preguntó:

—¿Está su amo en casa?

—Creo que sí, señora, —respondió el criado, —pero no es esta hora oportuna para verle; tal vez se habrá retirado á descansar.

—No importa,—replicó Eugenia,—quiero verle, necesito hablarle á todo trance: pásele Vd. recado al momento.

—Pero, señora, yo no aseguro que esté de cierto; entra y sale á todas horas, sin que muchas veces pueda uno verle...

Eugenia le interrumpió con impaciencia:

—Nada se pierde con averiguarlo; suba Vd. y dígame que espero, si felizmente se encuentra... Aun cuando se haya acostado, diga Vd. que quiere hablarle una señora... ¿lo entiende Vd.? aun cuando se haya acostado.

El portero se quedó mirándola algunos instantes, y conociendo por la visible alteracion del rostro de Eugenia, que se trataba de un asunto grave, preguntó:

—¿Qué nombre le digo?

—Doña Eugenia de Montenegro,—respondió Eugenia, no sin vacilar ante la necesidad de decir su nombre.

El portero se encaminó á las habitaciones, y poco despues volvió diciendo á la señora que el conde la esperaba.

Pero anticipémonos algunos minutos á Eugenia.

El conde de M... y sus dos amigos se apresuraron á examinar la herida del baron del Pino.

La bala disparada por D. Enrique, habia atravesado el pecho del espia en la parte inferior del costado derecho, y á la salida del proyectil por la espalda, fracturó completamente una costilla, haciéndole derramar sangre en abundancia.

Despues de haberse agitado y revolcado durante dos minutos, el herido se desmayó.

Sin avisar á criado alguno, M... y Ultrera le condujeron con el mayor cuidado á un dormitorio, sobre el

cual le depositaron, despues de haber hecho lo posible por contener la sangre que salia á borbotones de ambas heridas.

En el momento en que M... se preparaba á ordenar que buscáran un médico, el portero se anunció desde la puerta del salon. El conde se adelantó hasta la puerta, y el criado le dijo algunas palabras al oido.

Volvióse el conde hácia Montenegro, y dijo admirado:

—¿Cuánto apostamos á que no adivina Vd. la persona que con gran premura quiere verme?

—No es fácil,—respondió Montenegro.

—Su hija de Vd.

—¡Mi hija!—exclamó el anciano con asombro,—¿está usted cierto de que es mi hija quien quiere ver á Vd.?

—Así acaban de anunciármelo.

Montenegro se quedó profundamente pensativo.

Al cabo de un largo rato preguntó al conde:

—¿Quiere Vd. permitirme que abuse durante un cuarto de hora de esta casa?

—Puede Vd. disponer como en la suya propia.

—Pues bien:—añadió Montenegro dirigiendo á don Enrique una mirada de inteligencia, permitame Vd. que el amigo y yo recibamos á mi hija: la casualidad ó la Providencia se nos anticipan, y no quiero despreciar la ocasion.

M... dió orden de que Eugenia entrase, y despues de encargar al criado que inmediatamente llamase á su propio médico, dejó solos á Montenegro y á Utrera.

Poco tardó en presentarse la presunta baronesa del Pino, la cual, á la vista de su padre y del amante don Enrique, á quienes seguramente no imaginaba encontrar,

lanzó un grito de sorpresa, retrocediendo algunos pasos.

Montenegro la dirigió una mirada severa, y dijo con una calma aparente, más terrible mil veces que la explosión de su cólera:

—Sin duda no esperabas tal encuentro, ¿eh?... Dios te trae, hija querida, y por tanto llegas á tiempo.

Eugenia no respondió una palabra, ni se movió de su sitio.

El anciano continuó, adelantando hácia ella:

—¿A quién venias á buscar?... ¿á mí?... ¡pobre hija mía! y cuánto debo á tu amor filial!.. Mucho te interesan mis canas, y sin duda por eso vienes, llena de natural inquietud y en hora tan avanzada de la noche, á informarte de si corro algun peligro... A mis años, esta es cosa fácil, luego, segun tú misma opinas con tu laudable prevision, la chochéz de haberme metido á aborrecer á los franceses... qué sé yo que más?... ¿Cuántas y cuán terroríficas ideas no cruzan por la mente de una hija cuyo padre, imbécil y alelado, se halla fuera de su casa nada ménos que á las dos y media ó tres de la madrugada?... tranquilízate, habla sin temor: ¿vienes á buscarme, no es esto?... pues aquí me tienes sano y salvo, hija querida.

Eugenia contemplaba y miraba á su padre con estupor.

Aquel lenguaje terriblemente irónico, aquella forzada sonrisa, aquel cariñoso tono que envolvía en su fondo una profunda cólera, fueron para ella más elocuentes que todas las recriminaciones y diatribas imaginables. Reprimiéndose con suma dificultad continuó el anciano, pasando repentinamente del tono humorístico á la severidad más grave:

—Pero... ¿no me respondes? ¡ah! ya comprendo: no era á tu padre á quien buscabas, y temes mentir: efectivamente, engañar á un padre, y á un padre que lleva sobre su frente las canas de la ancianidad, es una gran falta, un crimen imperdonable. Sin embargo, permíteme, Eugenia, que no comprenda tus tardíos escrúpulos en quien hace diez y siete ó diez y ocho años se complace en engañarme constantemente, valiéndose al efecto de los medios más odiosos, de medios que un salteador de caminos, no una mujer, se apartaría horrorizado ante la presencia de un padre honrado, ó al recuerdo poderoso de una hija...

Eugenia abrió desmesuradamente sus ojos y los clavó sucesivamente en su padre y en Utrera. Uno y otro sostuvieron aquella mirada con perfecta serenidad, y Montenegro repuso adelantando el paso más hácia su hija:

—Parece que me comprendes, ¿eh?.. Verdaderamente, la que tanto afán ha demostrado por ocultar su vergonzosa debilidad, la que por mucho tiempo ha tenido sobresaltada su conciencia por el temor, no por el arrepentimiento, y para acallarla echó mano de recursos inauditos; la que sin saberlo es mala madre y mala hija, y desconoce así los dos únicos sentimientos que pueden inspirar alguna piedad hácia toda mujer perdida; la que primero fué liviana, despues semi-parricida y por último quiso ser envenenadora; la mujer que posteriormente trataba de enlazarse con un espía traidor á la pátria, por el solo placer de ostentar en el extranjero un título degradado y de hoy más vergonzoso... esa mala hija... esa peor madre... esa gran criminal, ha comprendido muy bien que ya poseo la llave de tan largo como incalificable misterio... ¡Responde!.. responde ahora: ¿buscabas á tu deshonado padre?.. ¿ó buscabas al



noble baron del Pino?.. ¿Por cuál de ambos abrigabas tan tierna solicitud?.. Por cuya vida temes: ¿por la de tu padre anciano, ó por la del criado y espía del duque de Berg?..

Si el palacio de M... se hubiera desplomado en aquel momento sobre Eugenia; si un rayo hubiese caído sobre su cabeza; si á sus piés se hubiese abierto un abismo, seguramente que esto hubiera influido ménos en el ánimo de Eugenia, no la hubieran espantado hasta el punto que las terribles palabras que acababa de proferir el indignado anciano.

No era preciso que este se mostrara tan enterado de su terrible historia, expresada en el más rápido conjunto, para turbar poderosamente su ánimo, por lo comun tan sereno.

El hecho solo, despues de los temores que la habian conducido á aquel paraje, de haberla recibido su padre y no el conde de M..., y esto en union del que iba á ser esposo de su hija: la expresion particular que desde un principio creyera notar en el rostro de D. Enrique, las primeras palabras de su padre, todo en fin, hasta el presentimiento, si cabe, la indujo desde un principio á temer una catástrofe, cuyas proporciones no era dable calcular de un solo golpe de vista.

Aquella especial mujer, que desde su niñez habia sido el objeto de las mayores caricias, de todas las predilecciones de su padre: la que avezada á ver satisfecho el menor de sus caprichos, habia concluido por abusar de tanta condescendencia, hasta el punto de burlarse de aquel cuyas graves razones y madura opinion, tomaba frecuentemente por otras tantas extravagancias de la chochéz: aquella mujer por lo regular tan dueña de sí misma en todas las ocasiones, y cuya imaginacion abundaba en fáciles recursos,

creyóse por un momento víctima de un sueño quimérico, de una alucinacion fatídica, ó arrastrada por una de esas que llamamos casualidades y más bien son decretos de la Providencia, á los piés de un juez inexorable que con frio y penetrante mirar acabase de leer como en un libro su historia, de ver la falsedad del hasta entonces apuntalado edificio de sus maquinaciones, de sus perfidias y malos pasos.

Las almas perversas son generalmente vulgares, y toda la resolucion, toda la audacia de que disponen para los casos ordinarios, les falta siempre en los momentos supremos que no han previsto en su torpe confianza.

Eugenia se sintió conmovida, sin fuerzas, ante aquella situacion tan terrible como imprevista, tan espantosa para ella como contraria á todos sus cálculos y esperanzas.

Ni una palabra, ni una confusa exclamacion pudieron pronunciar sus lábios, y únicamente en su mirar se revelaban el asombro, el horrible padecimiento de que era presa en aquel instante, sobre todo con lo que respecto del baron temia, ahora más que nunca, por la singular expresion con que el anciano acababa de preguntar si era por la vida del baron del Pino, por la cual se mostraba tan solícita.

Montenegro, adelantando siempre hasta ella, volvió á preguntar con la misma serenidad:

—¿Qué?—¿No me respondes? Pues bien: yo soy quien vá á responder á tu inquietud. Me habia anticipado á tí: cinco horas hace he estado en casa porque necesitaba verte, porque era preciso que tuviéramos una conferencia: no estabas, pero has venido en buena ocasion: más tarde hablaremos largamente: ahora voy á complacer la natural solícitud de mi buena y excelente hija. Repetiré la pregunta: ¿buscabas aquí á tu padre? Seguramente no. Pero en-

tonces, ¿á quién?... ¡Ah! esto es fácil de adivinar: ¿al baron del Pino? á tu digno prometido, á uno de los más ardientes defensores de la patria, y que á tus ojos no pecará sin duda de *chochéz* como este pobre viejo. Bueno: es cosa natural: la loba infame viene á informarse de si su compañero el zorro traidor ha caído en alguna trampa. Te diré, hija mia: él mismo se ha preparado el lazo, y á él solo debes culpar. Seguramente que esto debia disculparle, pero no ha podido ser... Cierta fatalismo inexplicable persigue á los malvados.... Tú debes comprenderlo, pues te veo desconcertada como por la mano de la fatalidad. Verdaderamente, cuando la desgracia nos hace cara, es implacable... ¡Todo lo has perdido! el secreto de tu inveterada perfidia y... ¿Qué?—añadió interrumpiéndose, al ver un gesto que acababa de hacer su hija:—¿Pretenderás negarlo? Es posible: todo lo debo esperar ya de tí, hasta el descaro: pues no, no te atreverás á negarme lo que muchos se hallan dispuestos á confiar. ¿Conoces á Petra?—¡Pues no! ¡como que ha sido largo tiempo, más que criada, tu ama!... Pero de esto hablaremos. ¿Buscas al baron? ¡Tu mismo padre vá á conducirte á donde está!... Mal se encuentra para recibir visitas, pero en fin, ¡qué se le ha de hacer! no todas las horas de un dia son propicias al hombre: la presente es aciaga, muy aciaga para él y para tí: tambien para mí lo es; sin embargo, cosa extraña, ¡yo, que no soy malvado, que no tengo sagacidad, estoy más sereno que tú!... ¡Pero ven, ven!... estamos perdiendo un tiempo precioso.

Dicho esto, el anciano, con una fuerza de que no hubiera podido creérsele capaz, cogió por un brazo á su hija, y la llevó medio arrastrando hasta la habitacion donde exánime yacia el baron del Pino.

Eugenia se dejó conducir maquinalmente, casi podemos afirmar que sin voluntad propia, por la voluntad fuerte y absoluta de aquel decrepito, tan imponente y majestuoso en su indignacion, tan terrible y amenazador en su aparente calma.

Al llegar al centro del salon, una sacudida nerviosa conmovió el cuerpo de aquella mujer, pero siguió, siempre arrastrada por el brazo poderoso de su padre, sin que este pareciera apercibirse de la conmocion de su hija.

Esta habia creido distinguir sobre el pavimento un estenso charco de sangre, que á la luz de las bujías brilló ante sus ojos de un modo fatídico.

Despues fué empujada rápidamente hácia el dormitorio, y al contemplar al baron bañado en sangre y cuyo rostro cadavérico estaba horriblemente contraído, exhaló un grito de espanto.

El anciano dijo entonces con acento implacable:

—¿Lo ves?... ninguna esperanza de vida tiene: tal vez no durará algunas horas... Tal vida, tal fin... Su muerte será digna de un bandido... ¡Que no hayas venido antes!... Pero en fin, no lo has perdido todo, pues acabo de satisfacer tu inquietud de un modo tan elocuente que no dá lugar á dudas.

—¡Le han asesinado Vds!—gritó por fin Eugenia con desesperacion, despertando de su inmovilidad.—¡Le han asesinado!

El anciano, arrastrando á su hija fuera de allí, la interrumpió indignado:

—Calla, miserable, y no agregues el escándalo á tus inveteradas maldades!... Vámonos de aquí: ahora nos ocuparemos de lo que aun falta... Utrera: tenga Vd. la bondad de acompañarnos, le necesito.

**CAPITULO XX.**

**En que se expresa lo que aconteció entre Velarde y la condesita del Ramal.**

Velarde esperó medio cuarto de hora próximamente, durante el cual mil ideas tumultuosas se agolparon á su mente abrasada.

Una sospecha semejante en aquel corazon tan puro, tan recto y caballeresco, hacia un daño más cruel que la aguda punta de una espada. Estaba allí, y la sola idea de que sus temores, enteramente despertados por Eugenia, tuvieran algun viso de fundamento, le inquietaba y disgustaba hasta la indignacion.

Y perdido, internado por decirlo así, en el confuso laberinto de las conjeturas, de las deducciones, ora concebía sérios y aun justificados recelos, ora, apelando á una razon sábita, los rechazaba; ya temia que la volubilidad de aquella mujer, tan sincera, tan consecuente y enamorada hasta entonces, le hubiese burlado y pospuesto al capricho de un nuevo amor: ya venian á su memoria las ardientes

protexas, las repetidas pruebas, los extremos, los arrebatos y la innegable pasión que tantas veces había leído en los ojos y aun en el alma de aquella mujer que siempre había tenido por un ángel.

Además, en muchas, en muchísimas ocasiones, y desde que él empezó, desconfiando primero, á cobrar un odio mortal á los franceses, á todas luces falaces enemigos de su patria, Carolina, identificada siempre con los más íntimos sentimientos del artillero, ávida de ser digna de él, de imitarle en todo, de seguir sus inspiraciones, de fundir su alma en el alma enamorada del jóven, demostró hasta la evidencia, bien á pesar de los compromisos que la ligaban á la reina María Luisa, que también ella detestaba, tanto como pudiera detestarlos Velarde, á los funestos huéspedes que parecían haber tomado á España por una colonia del imperio, y que estaban siendo objeto de la desconfianza y de la animadversión general, sin distinción de clases ni de personas.

De otro modo, á no estar él seguro de que el corazón de la condesa era un altar abierto exclusivamente al culto de su amor, ¿cómo era posible que él no lo adivinara en tanto tiempo? ¿cómo, cuando su altivez y su dignidad estaban por cima de todo, pudo olvidarse alguna vez de sí mismo hasta el punto de depositar su fé y su confianza en quien no sabía ser digna de conservar hasta con avaricia tan inestimable tesoro?

¿Debia creer en el relato de Eugenia?... Pero... ¿qué más? ¿Deberia ó no dar crédito á sus propios ojos?

¿No acababa él mismo de ver salir á tan avanzada hora al general Belliard, precisamente aquel sobre quien debían recaer con algun fundamento las sospechas, aquel que por consecuencia de los manejos en que se entretenían

las régias personas habia estado en activo contacto con la jóven, muchas veces á solas, siempre con ocasiones propicias á poder galantearla?

Mas esto no era posible: semejante perfidia no podia caber en un corazon que habia visto siempre tan delicado, en una voluntad que tenia por tan firme, en una altivez que rayaba en el más incontrastable orgullo castellano.

¿Qué creer, pues?... ¿Qué opinion formar sobre tales apariencias? Si era verdad, si se confirmaban sus temores, ¡cuán infame superchería era la de aquella mujer!

Pero tambien, si todo era una quimera, si Carolina permanecia inocente y ajena á cuanto él intentaba averiguar, ¿cómo era posible, sin ofender su noble delicadeza, comunicarla tan repugnantes sospechas?

Así discurría el noble capitán, cuando la doncella de Carolina vino á anunciarle que su señora le esperaba.

Levantóse prestamente, y con el corazon palpitante, y temeroso y anhelante á la vez por ver á su amada, siguió los pasos de la doncella.

Atravesaron un largo corredor, por los cristales de cuya galería se divisaban confusamente las flores y los arbustos del jardín que formaba el centro de la casa, luego llegaron á una antesala, en la cual se detuvieron mientras la doncella hacia girar una pequeña llave, abriéndose por último una puerta que daba á un espacioso salon ricamente amueblado al gusto de aquella época. Atravesaron este á lo largo, y la doncella dió dos golpecitos en otra puerta á los cuales respondió una voz cuyo timbre era bien conocido para Velarde.

La doncella levantó al fin un pestillo, hizo girar la puerta y el artillero fué introducido en el mismo dormitorio de la jóven condesa del Ramal, que lo recibió con su

más encantadora sonrisa é indicándole que se sentára.

— Pero él permaneció en pié y contempló con profunda mirada el sereno rostro de Carolina.

— Ya ves cómo te recibo,—dijo esta sin apercibirse del alterado continente del capitán,—casi no te esperaba hasta el día, y por eso habia querido descansar una ó dos horas. Pero dormiré despues... Al fin no tengo sueño... Veamos, ¿qué te parece mi traje?... No es el más á propósito para recibir á un arrogante mozo como el capitán Velarde... ¿eh?... más ¿qué quieres? ¡Te has anunciado de tal manera! y luego, me guardaría muy bien de hacerte esperar...

Preciso es confesar que en aquel momento Carolina no hablaba con perfecta sinceridad, al manifestar su repugnancia por el bello *negligé* en que la encontró Velarde.

Necesitaríamos la delicada pluma de Víctor Hugo, del tierno purista del tálamo, el sublime divinizador del lecho nupcial en la boda de la linda *Cosette* (1), para describir con alguna semejanza el voluptuoso aspecto de aquel dormitorio aromático, templo de una vírgen, Edem arrobador en que las gracias, los colores, los perfumes, el tibio ambiente, hacían de aquel lecho, ligeramente removido, el delicioso nido de los placeres ideales, participando igualmente de la inocencia de la cuna, de la castidad inmaterial, y de ese encanto fascinador que habla poderosamente á los sentidos.

El frenético Sué, ó el desapiadado Alfonso Karr hubieran profanado su inmaculada blancura vertiendo entre sus pliegues algunas gotas de la copa fulminante del deseo.

(1) *En los Miserables.*